

En el momento en que se inclinaba hacia él, una segunda bomba estalló á su lado, destrozándole las piernas.

Aún tuvo fuerzas para arrastrarse hasta una de las columnas del puente pronunciando palabras incoherentes.

Cuando se le colocó en el trineo del jefe de la policía que acudió al sitio de la catástrofe, para conducirlo al Palacio de Invierno, murmuró con voz clara:

—¡Tengo frío!

Era natural. La muerte estaba á su lado y posaba sus labios en la frente ungida del monarca.

El trineo se ve junto al carruaje; el asiento de terciopelo está jaspeado con manchas negruscas. Es la sangre del Tzar.

Leman, íntimo amigo del guardián que nos acompañaba, me preguntó si querría yo una astilla del carruaje.

A mi afirmativa respuesta, aquel hombre tomó de la parte destruida dos pedazos, y nos ofreció uno á mi cuñado y otro á mí.

Tres rublos le dimos de gratificación. Es decir, mi astilla histórica me costó rublo y medio, lo mismo que el sombrero de cochero. ¡Cosas del mundo!

CAPITULO IV.

El Palacio de Invierno.

Después de ver el coche y el trineo, quise ver la cama en que Alejandro II expiró.

El lugar mismo en que el espléndido Palacio de Invierno se levanta, fué ocupado hace dos siglos por una casa de madera que habitó un gran almirante de la armada de Pedro el Grande, Apraxine.

Apraxine era tan marino como puede serlo un pescador. Sin embargo, el éxito coronaba sus empresas.

Siete años duró en auge el Almirantazgo.

Cierta ocasión, á consecuencia de una señal mal interpretada, un navío se fué á pique.

Apraxine puso el grito en el cielo.

Cruys, un noruego, empleado en las oficinas del Almirantazgo, era el culpable.

Se formó un Consejo de Guerra presidido por el Gran Almirante, y el noruego fué sentenciado á muerte.

Ay! el verdadero sentenciado fué Apraxine.

Cruys fué indultado por Pedro.

Apraxine no volvió á hacer nada que le resultara bien y el Almirantazgo anduvo como si estuviera atacado de ataxia locomotriz, es decir, á reculones.

Apraxine debía sus éxitos, no á su ciencia ni á su pericia, sino á Cruys.

Celoso de él, buscó una oportunidad para perderlo, y él fué el que se perdió.

En 1732, la Emperatriz Ana hizo demoler la casa de Apraxine para construir el Palacio. Su muerte interrumpió las obras que reanudó Isabel y que terminó Catalina II en 1764.

Treinta y dos años duró aquel trabajo de mujeres, y desde entonces hasta hoy ¡cuanto Apraxine del trono ha pisado el mismo terreno que pisó el Apraxine del mar!

No sin cierta emoción se pone el pié en el soberbio vestíbulo del Palacio, estucado y de estilo Renacimiento, desde el que se pasa á los departamentos que Catalina de Rusia destinó á regios huéspedes.

Todos los salones están adornados con muebles espléndidos, mesas de mosaicos florentinos, vasos de ágata, cuadros de grandes pintores, armarios de Boule, columnas de jaspe en las chimeneas y tapicerías de seda en las paredes.

Al salir de aquellas habitaciones y después de atravesar una hermosísima sala donde se dan los bailes cuando la corte reside en el Palacio, sala que se une á un elegante jardín de invierno, entramos á la galería Romanof donde están los retratos de los príncipes todos de ese nombre, desde el patriarca Philarete Nikitich padre de Tzar Miguel, hasta Nicolás II.

Allí juntos están Sofia y Pedro el Grande.

Remontando el curso de los años, ya los volveremos á encontrar en Moscow, no en la galería de un palacio Imperial, sino en un cuarto de tortura; á ella,

despojada del traje de regente, apenas cubiertos los miembros con una camisola, tendida en el potro; y á él, torvo y sombrío, haciendo acercar y alejar alternativamente á las desnudas plantas de la Tzarevna su hermana un bracero, para arrancarle por medio del dolor, la confesión de que había conspirado con los Streltsy con objeto de arrojarlo del trono.

Nos detuvimos por indicación del hombre que nos guiaba, y esperamos á que fuera á consultar si se nos permitiría penetrar en las habitaciones que están en el fondo de la misma galería.

Momentos después regresaba diciéndonos que era imposible.

El primer ministro Stolypine habitaba ahí.

Copio de un periódico francés el siguiente telegrama:—"San Petersburgo, 25 de Agosto—Según una «versión de fuente oficial, á la una de la tarde, un coche tirado por dos caballos en el que iban cuatro personas, dos de ellas con trajes de paisano y las otras «vistiendo uniformes militares extranjeros, se detuvo «delante de la puerta de la residencia del señor Stolypine. Los cuatro penetraron en la antesala. Uno de «ellos llevaba su casco en la mano probablemente con «el objeto de disimular la bomba.

«Ésta cayendo accidentalmente en la antesala, hizo «explosión.

«La explosión arrancó de sus goznes la puerta que «separaba el departamento del señor Stolypine de la «sala de recepción.

«El cochero del landó que había conducido á los

«cuatro conspiradores quedó muerto, y el landó des-
«truído, pero los caballos no sufrieron ningún daño.

«Según algunas personas el señor Stolypine ha re-
«cibido una ligera contusión cerca del oído, según
«otras, no ha experimentado más que un simple atur-
«dimiento.

«Este atentado ha producido una gran emoción
«entre las personas del mundo oficial que empiezan á
«regresar á la ciudad.

«Todos están ansiosos de conocer la verdad exacta,
«porque en la ciudad circulan toda clase de rumores.

«Inmediatamente después del atentado, la larga
«avenida de árboles enmedio de la cual la residencia
«del primer ministro está situada, ha sido por sus dos
«extremos cerrada por la caballería; á nadie se le ha
«permitido el paso excepto á un alto personaje oficial
«que fué á expresar sus condolencias y á darse cuen-
«ta de la magnitud de la catástrofe.

«Según noticias, el señor Stolypine acababa de re-
«cibir al antiguo diputado de la Duma, señor Mau-
«khanoff, á quien últimamente se había mandado arres-
«tar por razones políticas.

«Las embajadas y las legaciones todas han expre-
«sado sus sentimientos de profunda simpatía al se-
«ñor Stolypine»—

«—San Petersburgo, 25 de Agosto.—La hija del se-
«ñor Stolypine ha muerto esta tarde».—

Estos telegramas los había yo leído unos tres ó cua-
tro días antes de salir de Berlín y aun conservaba el
periódico en el bolsillo de mi sobretodo.

Mudos y pensativos fijamos los ojos en la puerta
por donde nuestro guía acababa de salir y, traspasan-
do con el pensamiento aquellos dinteles, cruzamos ri-
cos y espléndidos salones y llegamos hasta una cá-
mara silenciosa, oscura, triste; y ahí nos imaginamos
contemplar, al pié de un lecho en el que se veían re-
clinadas sobre la blanca almohada, con las facciones
contraídas por el sufrimiento, dos pálidas cabecitas, á
un padre y á una madre desgraciados siguiendo con
ojos enrojecidos por las lágrimas y las vigiliadas, la do-
lorosa y lenta agonía de dos ángeles que iban quizás
á pagar con su vida crímenes ó errores cometidos por
otros.

Por fortuna el periódico no estaba bien informado.
La niña no había muerto, pero se le iban á amputar
las piernas. Un niño también había sido herido.

A pesar de su estado de suma gravedad se tenía la
esperanza de salvarlo.

Nos inclinamos ante aquel gran dolor, ante aquella
miseria que se cobijaba bajo los dorados artesones del
más suntuoso de los alcázares regios, y andando de
puntillas, como si pudiera el ruido de nuestros pasos
turbar el sopor de los niños heridos, y el amargo re-
cogimiento de los desventurados padres, seguimos al
guía del palacio, que nos había precedido cabizbajo y
taciturno también, y que por salas y galerías nos con-
dujo al que con razón se llama «*el corredor sombrío.*»

Cuando llegamos á la medianía de este corredor
que toma insuficiente luz por grandes claraboyas ova-
ladas, abiertas en lo alto de trecho en trecho, nuestro

conductor llamó á una puerta y se presentó en el dintel un criado vistiendo la librea Imperial.

Su rostro simpático no tenía bigote, pero le orlaban unas enormes patillas blancas que descendían hasta sus hombros.

Aquel criado había servido como ayuda de cámara al Emperador Alejandro II, lo había visto morir, y ahora no tiene más ocupación que, conservar las habitaciones del Tzar difunto tal y como se encontraban el día en que abandonó la vida el desgraciado Monarca.

Estábamos, pues, á las puertas de la cámara del abuelo del Emperador Nicolás.

Entramos.

Hay en ellas buen gusto, hay objetos valiosos obsequios de otros soberanos, hay recuerdos de familia, hay buenas pinturas; pero no hay lujo.

Una de aquellas habitaciones está dividida en dos partes por dos arcos que arrancan de una columna central. Estos arcos quedan frente á frente de las ventanas que dan luz al departamento.

Es una biblioteca, es un cuarto de estudio; en la parte más amplia, es decir, en la comprendida entre las ventanas y los arcos, se ven dos grandes mesas escritorios situadas en la medianía de la pieza, una frente á otra y á distancia de dos metros poco más ó menos. Una de ellas era la del Tzar Alejandro, la otra la ocupaba el ministro á quien le correspondía ir á dar cuenta al soberano de sus labores y de los negocios pendientes de despacho.

En ambas mesas se ven útiles de escritorio y sobre las dos hay cigarrillos rusos, los mismos que estaban allí el 13 de Marzo de 1881. Le enseñan al visitante encerrado en un tubo de cristal el último que fumó Alejandro II y que arrojó momentos antes de salir para ser asesinado.

Las plumas que usaba para escribir son de ave y hay una caja de ellas frente á la carpeta donde guardaba sus papeles. Esas plumas han adquirido un tinte amarillento: el tiempo las ha puesto así.

Entre los dos arcos, en la parte posterior de la estancia, y oculto á medias por la columna, puesto que deja ver la parte correspondiente á los pies, hay un lecho angosto, de hierro colado, y sencillo hasta la exageración. En el muro que queda á la cabecera del lecho, sobre una alta cómoda de nogal, se ven, pendiente del muro un Cristo, y encima de la cómoda, entre varios objetos caprichosos y artísticos, en un marco modesto encuadrada la imagen de la madre de Alejandro.

En aquel sitio y en ese lecho dormía la mayor parte de las noches el Tzar, y en ese lecho y en aquel mismo sitio expiró. Terminadas las labores del día, después de cenar en familia en un comedor cercano, el mismo en que un año antes de su muerte estalló una bomba que puso en peligro su vida y la de todos los suyos, comedor que visitamos después, pasaba el Tzar al cuarto que he descrito, y ahí, á solas con sus pensamientos y sus libros, dejaba correr el tiempo sin sentirlo. Cuando la fatiga le agobiaba, se diri-

gía al modesto lecho, y sin más ayuda que la del criado que nos enseñaba sus habitaciones, y que nos relató estos detalles con voz un poco temblorosa, se despojaba del uniforme para entregarse al descanso.

La suntuosa cámara oficial permaneció desierta casi todo el tiempo que duró su vida.

* * *

Después de recorrer innumerables salones de imponderable riqueza, cuyas paredes ostentan en vez de tapicerías platos de oro esmaltado y repujado en los que se han ofrecido el pan y la sal á los Autócratas Rusos, y otros revestidos con seda y gobelinos, abandonamos la mansión regia y pocos momentos después cruzábamos la plaza del Palacio.

¡Cómo vino entonces á mi memoria el recuerdo de aquel Domingo del mes de Enero del año último, que pasará á la historia con el tremendo nombre de «*Domingo Rojo*.»

Allí, en aquella plaza; un poco más allá, en los jardines Alexandrovsky; más lejos, en otros puntos de la Nevsky, y en las calles adyacentes, una espantosa matanza de niños, de mujeres, de ancianos y de indefensos obreros tuvo lugar aquel sangriento domingo.

¿Era acaso porque conspiraban? ¿Era porque querían algún cambio radical en el sistema de gobierno de su país? ¿Era porque aquella reunión podía comprometer el bienestar de la Rusia ó la salud ó la vida de la familia real?

No. Era porque había ido á pedirle al Tzar, el único que podía hacerlo, que remediase su miseria, que enjugara sus lágrimas y que vertiera con palabras de bondad y de esperanza un bálsamo en sus heridas.

Contemplé con horror y con piedad aquellas piedras que empapó la sangre de tanto inocente iluso que iba á presentarse con las manos levantadas, para que se viera que no llevaban armas, á las bayonetas de los infantes y á las nagaikas de los cosacos; contemplé con angustia las rejas del jardín á las que se asieron con desesperación tratando de escalarlas, los infelices que sentían apoyarse sobre sus hombros la mano de la muerte, y junto con aquella terrible y odiosa respuesta que dió un oficial á alguno que le preguntaba por qué hacía disparar sobre la multitud:—«Esa gente nos disgusta;»—me pareció oír tronar la voz de aquella pobre madre que junto al cadáver de su hijo gritaba con las crispadas manos alzadas al cielo:—«¡Cobardes, os habeis dejado derrotar en Mandchuria, pero aquí matais á los obreros indefensos!»

¡Ah!—pensaba yo—dicen que la noche es el mejor consejero; ¡qué bien habría hecho el Tzar en haber pedido consejo á la almohada en que reclinó moribundo la cabeza veinticuatro años antes Alejandro II! ¡Qué bien hubiera hecho en dormir la noche que precedió á aquel Domingo, en el humilde lecho en que expiró su abuelo!

CAPITULO V.

Las Catedrales de San Pedro y San Pablo,
de San Isaac y de la Virgen de Kazan.

Frente al Palacio de Invierno, sobre la opuesta margen del Neva y rodeada por las aguas de este río y las del canal, se encuentra la isla de la Ciudadela y en esa isla la Catedral de San Pedro y San Pablo.

Data su construcción del siglo XVIII y la pirámide de su campanario, esbelta y airosa, es una de las más elevadas de la Rusia: tiene ciento veinte metros, pero como creo que no vale la pena atrapar un torticolis para ver algo que junto á la torre Eiffel es un juguete, bueno es decirle adiós al ángel que se mantiene en equilibrio en lo alto de la aguja y entremos á la Iglesia.

Es verdaderamente extraño el aspecto que la Catedral ofrece al que la visita, porque todo parece menos un templo cristiano. Hay allí objetos curiosos que Pedro el Grande fabricó, entre otros un candelero de ébano esculpido, de tres metros de alto y dos de diámetro que es una verdadera obra de arte; se ve, además, el lecho de campaña del mismo monarca, sus botas remontadas y con parches, sus zapatillas, y qué sé yo que otras cosas que estarían mejor en un museo que en el interior de la casa de la Majestad Divina por más que hayan pertenecido á una Majestad humana.

Donde quiera se ven trofeos militares y hay donde quiera flores y plantas.

Ahí se encuentran los sarcófagos de los Romanof desde Pedro el Grande hasta Alejandro III.

Cada uno de estos sarcófagos está tallado en granito ó en jaspe y son verdaderamente ricos y artísticos.

Todos ellos tenían más ó menos ofrendas, pero en uno las ví de flores naturales y frescas.

Era el del gran duque Jorge Alejandrovich, muerto en la villa de Tuman lejos de su familia que lo había relegado á aquel destierro porque no quiso prescindir de un amor grande y profundo que una pobre muchacha de clase humilde supo inspirarle.

Abandonó honores, grandezas, bienestar y todo, por seguir viviendo al lado de aquella que para él valía más que cuanto la cercanía del trono pudo ofrecerle, y fué á ocultar su dicha á un escondido rincón del universo, que su amor convirtió en un paraíso.

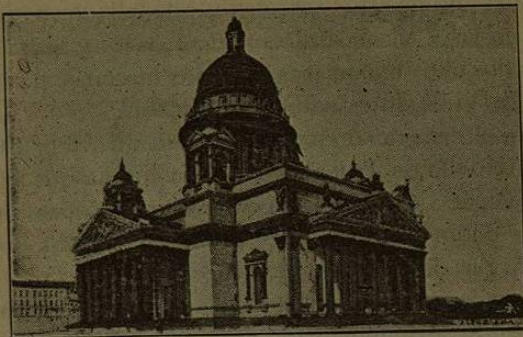
Allí, olvidados de todos los hombres, pero no de Dios que es quien pone en el corazón humano el dulce sentimiento que hace que el espíritu se desligue de materiales y efímeras ambiciones y pueda aproximarse á su Creador para bañarse en los divinos efluvios que emanan del que es infinita bondad y amor eterno, vivió y murió feliz el que tanto supo querer sobre la tierra.

¿Qué mano piadosa deposita en su tumba de príncipe las flores que contemplé?

Quién sabe . . . el soldado que nos guiaba no supo decírmelo ni yo me empeñé en averiguarlo.

Me agradan en la pintura los esbozos, en la poesía las vaguedades y en el amor el misterio.

* * *



SAN ISAAC.

Volvimos de nuevo al centro de la ciudad y penetramos á la catedral de San Isaac.

Puede suponerse la grandiosidad de esa Iglesia sólo con pensar que ha costado más de veinticinco millones de rublos.

Construída de granito y mármol, tiene la forma de una cruz griega y mide más de cien metros de largo por noventa y tantos de ancho.

Su gran cúpula dorada se ve desde muy lejos y cuando los rayos del sol la hieren parece que una auréola la rodea.

Los pórticos principales tienen diez y seis colosales columnas de granito rojo de Finlandia pulimentadas, con basamentos y capiteles de bronce.

Los laterales tienen ocho columnas cada uno.

Obras de arte admirable son los enormes frontones que reposan sobre las majestuosas columnatas y cuyos tímpanos están decorados con bajorelieves de bronce de colosales proporciones representando escenas de la vida de San Isaac. Esos bajorelieves fueron hechos por Lemaire y por Vitali.

Sobre un tambor que rodean veinticuatro columnas reposa la cúpula principal que tiene cerca de veintisiete metros de diámetro; la linterna que la sobremonta tiene una altura de doce metros y medio y una cruz de seis metros corona el conjunto que se eleva á ochenta y dos metros sobre el nivel del piso.

Cuatro cúpulas más pequeñas y doradas también, rodean á la central. Todo es grandioso.

Cuatro son las puertas que dan acceso á la Iglesia, son de bronce y están cinceladas con tal arte que cada una de las pequeñas figuras son aisladamente verdaderas obras maestras. Viteli y otros artistas de primer orden las cincelaron.

No igualan estas puertas á la del Bautisterio de Florencia, pero no por eso dejan de ser admirables.

El interior es oscuro y con trabajo se puede admirar todo lo que contiene. Los mármoles de las paredes se ven apenas y las pinturas se adivinan.

La puerta del Santuario, llamada puerta sagrada, es una muestra del genio de Viteli; parece que el bronce se convirtió en cera cuando el artista lo cinceló; tales son la suavidad y pureza de los contornos de aquella obra magnífica.

Hay á los costados diez medias columnas adosadas al muro, dos de lápiz-lázuli de cinco metros de alto y de metro y medio de ancho, y ocho de malaquita de nueve metros por uno.

Son innumerables los objetos de plata que para el servicio del culto encierra el tesoro de la Iglesia y difícilmente se podrá calcular el valor de las espléndidas piedras preciosas que adornan los revestimientos de oro y plata dorada de las imágenes.

Se admiran tantas riquezas á la mezuquina luz de una vela de cera que el guía lleva en la mano y que aproxima con toda irreverencia á las negruzcas y feísimas imágenes que adoran los rusos con un fanatismo oriental.

* * *



CATEDRAL DE KASAN.

De San Isaac nos dirigimos á la catedral de la Virgen de Kazan, que está situada en una gran plaza cercana al hotel donde viviamos y al que deseaba llegar

para poner en orden mis ideas y mis apuntes, y en reposo mis miembros hechos pedazos y adoloridos.

Un hemicycleo de ciento treinta y seis columnas de orden Corintio semejantes á las de San Pedro en Roma, se despliega á uno y otro lado de la Iglesia formando amplios y hermosos corredores.

En el muro de una de las fachadas hay cuatro colosales estatuas: la de San Juan Bautista por Martos, las de San Vladimiro y San Alejandro Nevsky por Pimenov y la de San Andrés por Demeuth Malinovsky.

Cruzado el umbral de la hermosa puerta cuyas hojas de bronce cincelado son, según me dijeron, imitación de las del Bautisterio de Florencia, lo que muy pronto podré comprobar, se ven elevarse ante los asombrados ojos en cuádruple alineamiento, columnas corintias que en forma de cruz se extienden desde cuatro enormes pilares que sostienen la cúpula hasta el altar mayor y que van á terminar en las grandes y soberbias puertas del templo.

Tanto el altar como una balaustrada que ante él se extiende son de plata y á la izquierda de uno y de otra una muchedumbre de hombres, mujeres y niños, militares los unos de alta graduación, humildes obreros los otros, desocupados los más, algunos que han perdido una prenda, aquellos que no tienen salud, estos que ruegan por el éxito feliz de una empresa criminal, pero todos llenos de un ciego fanatismo que inspira lástima, se amontonan arrodillados ó de pie, con los ojos fijos, las cabezas inmóviles y con una ve-

la de cera en la mano, ante una imagen que está al alcance de los labios de cualquiera y que rodeada de cirios encendidos despiden desde el fondo del ancho marco que la encuadra destellos deslumbrantes.

Esa es la imagen milagrosa de la Virgen de Kazan.

Como busca un hambriento un pedazo de pan, empecé á buscar la historia de aquella portentosa Virgen. Pregunté primero á Lemán, que fijó en mí sus ojillos azules con el mismo asombro con que los hubiera fijado si en vez de interrogarle sobre la vida y milagros de la Matouchka (*madrecita*) de Kazan le hubiese pedido que me dijera cómo se llamaba el señor padre de su tatarabuelo.

—Vamos, hombre—le dije—si usted no lo sabe, pregúntelo.

—Es inútil, señor, ninguno sabrá lo que usted desea.

Y así fué, mi hombre preguntó, fué de uno á otro, creo que interrogó á los mismos sacerdotes que allí estaban y nadie supo decirle lo que yo quería.

Solo pude averiguar, porque en el Baedeker lo leí, que esa imagen fué encontrada en Kazan en 1579, transportada á Moscow en 1612, y de allí, en 1710, á San Petersburgo. La Iglesia Catedral que lleva su nombre se empezó á construir en 1801 y se terminó en 1811.

¿Dónde estuvo durante los cien años que pasó fuera de su actual habitación?

No lo sé, ni me importó el saberlo gran cosa. El Baedeker no dice más que lo que he dicho y para que te convenzas, lector, puedes compararlo; vale unos nue-

ve pesos de nuestra moneda poco más ó menos, según esté el cambio. Tal vez encuentres también algo relativo á esa virgen en el Larousse, eso te costará un poco más, de doscientos cincuenta á trescientos pesos.

Pero si no conseguí averiguar la historia de la milagrosa Virgen, sí pude apreciar todo lo que vale vista de cerca.

Los rusos tienen con sus pinturas sagradas una costumbre curiosa: no dejan descubierta la parte que representa las vestiduras, sino que la cubren con láminas de plata ó de oro que cuajan algunas veces de piedras preciosas y que cincelan otras con verdadero arte y buen gusto.

Parece que las cabezas de sus vírgenes y de sus santos se asoman á una claraboya.

Nuestra Señora de Kazan se inclina sobre la más rica que he visto en el mundo.

La Imagen está pintada en madera que el tiempo ha rajado desde la frente á la boca por el lado derecho.

El color es aceitunado, muy obscuro y cualquiera diría que ha tostado su faz un sol de Africa. Tiene, se supone, sostenido con el brazo izquierdo un niño Jesús bien feo, que da su bendición al mundo con dos dedos tiesos y largos como bolillos de tambor.

En realidad, para ser obra de un artista del siglo XIII ó XIV no es mala, aún cuando no conservan los rostros el colorido que probablemente tuvieron cuando fueron pintados.

Es incalculable el número de perlas, brillantes, rubíes, esmeraldas y turquesas que adornan á la Virgen. Algunas piedras son de gran tamaño y todas bellas. La aureola y la vestidura en que están engastadas son de oro.

Los gigantescos candelabros que se ven junto al altar son de plata, de plata son también algunas puertas y el tabernáculo tiene columnas de piedras finas.

Frente por frente de la virgen, en el fondo de la Iglesia, formando contraste con aquella riqueza, hay amontonados muebles viejos, sucios tapices y asquerosas colgaduras. Aquello parece un basurero. Las banderas y las águilas quitadas á Napoleón, cuelgan de las columnas y están llenas de polvo y telarañas y en tal abandono se encuentran, que materialmente se caen á pedazos.

Detrás de un pilar, no lejos del sitio donde fulgura la Virgen, ví un hombre pálido, con las mejillas enjutas, con los miembros agitados por el escalofrío de la fiebre, con el hambre pintada en el semblante y cubierto de harapos.

Clavaba los negros ojos hundidos en las cuencas, con estúpida expresión, en los destellos que las luces arrancaban á las piedras que adornan á la Virgen, y de tarde en cuando se oprimía con las manos la cabeza.

Aquel infeliz tal vez no había comido.

Una sola de aquellas piedras hubiera bastado para asegurarle un bienestar en lo futuro; un pedazo de la vestidura de oro que adorna á la imagen de la

que dió á luz en un pajar al Redentor del Mundo se hubiera convertido entre sus manos en un escoplo, en un arado ó en un yunque y hubiera podido ganar honradamente el pan que ahora mendigaba.

Pero ¡bah! ¿darle á los pobres algo del tesoro de la Iglesia? ¿ponerlos en aptitud de trabajar y ayudarlos á salir del abismo de abyección y de pobreza en que yacen? ¡Qué locura! Bien están donde están los brillantes y el oro adornando un pedazo de madera apolillada ante el que se inclina un imbécil fanatismo que olvida que la Virgen no tuvo más adorno que su pureza ni más tesoros que los de su bondad; bien están salpicando las ruedas de las carrozas de S. M. Autocrática; bien están las riquezas en manos de los nobles y en las del clero; es necesario que el boato de la corte deslumbre y la magnificencia de los templos ciegue; el decoro nacional así lo exige: en cuanto al pueblo, bastante tiene con contemplar aquello; que cuando sienta hambre beba *Vodka* que vende el gobierno y que es más barato que el pan, y que cuando quiera trabajar, lo diga; ahí están para eso las minas de la Siberia cuyos productos todos son de su «*padrecito el Tzar!*»

CAPITULO VI.

Una Magdalena del Tiziano.—El Neva.
—Pan y thé.

Me queda de los museos y galerías de pintura de Rusia, el mismo recuerdo vago y confuso que conservo de todos los museos y galerías que he visto.

Salvo una que otra obra maestra de esas que se imponen como una obcecación, tanto así se funden y se deslíen en nuestro ser, las demás, dígase lo que se quiera, se esfuman, se mezclan, se pierden en una orgía de formas y colores caprichosos y bizarros, que me hacen el mismo efecto que las bonitas, pero siempre cambiantes y extrañas figuras de un kaleidoscopio.

Para poder apreciar todos los tesoros artísticos que encierra San Petersburgo sería necesario primero: vivir ahí; segundo: ser un conocedor profundo de todas las escuelas de arte en todos los ramos, y por último disponer del día de hoy sin pensar jamás en el de mañana y consagrarles así á los museos la vida entera.

San Petersburgo ofrece en materia de arte cuanto el gusto más exigente puede desear.

Cuenta con veintiseis museos y con seis galerías de pintura; tiene dos soberbias bibliotecas y adornan sus plazas y perspectivas diecinueve monumentos y

dos arcos de triunfo, el de Moscow y el de Narva. Son once sus academias, nueve sus institutos, diez sus escuelas superiores; diez y seis sus palacios, trece sus plazas, trece sus puentes, nueve sus teatros y treinta y ocho sus templos.

Visitamos de todo eso lo más notable, cruzando en muchos de los museos las salas como si nos empujaran por los hombros y deteniéndonos de los muros al salir, para no caer al suelo, mareados por la vista de tanto sarcófago egipcio, estatuitas funerarias, papiros, escarabajos, animales sagrados, divinidades aladas, bustos y estatuas de bacos, endimiones, sátiros, antinóos, venus, efebos, minervas, dianas, mujeres sentadas, mujeres de pie, mujeres tendidas, hombres lo mismo, diademas de oro, collares, sortijas, vasos de ágata y de marfil, cascos carcomidos por la herrumbre y cascos relucientes, terracotas, bronces, cofres, espejos y qué sé yo, un maremagnum de esos que dejan cansados los ojos y adolorido el cerebro á fuerza de tanto ver y de tanto meditar en lo que se mira.

En las galerías de pintura, de las cuales la más rica es la que se encuentra en l'Ermitage, hay tesoros de incalculable valor.

Las escuelas todas están allí representadas y de todas hay cuando menos una obra maestra.

Pedro el Grande fundó la galería de l'Ermitage y desde entonces hasta hoy ha ido enriqueciéndose día á día.

Catalina II compró en 1763 la colección de cuadros que debieron ser de Federico el Grande y que

ese monarca no pudo adquirir por haber tenido que emplear en pólvora y balas el dinero que se había propuesto gastar en pinturas. Adquirió después la Tzarina, la galería del conde Bruhl, ministro de Augusto III de Sajonia y de Polonia: en 1771 la del marqués de Crozat; en 1779 por treinta y seis mil libras esterlinas la galería de Walpole con una serie de Van Dyck, y así siguió comprando cuanto pudo conseguir en Francia y en Italia. Encargó, además, cuadros á los pintores más célebres de su tiempo y dejó á su muerte un ejemplo que sus sucesores en el trono imitaron por fortuna. Pablo I compró algunos cuadros. Alejandro I pagó á la ex-Emperatriz Josefina novecientos cuarenta mil francos por cuatro estatuas de Cánova y treinta y ocho pinturas que pertenecieron á la Malmaison.

Veintidós de esas pinturas son holandesas y flamencas y se ven en ellas las firmas de Teniers, de Potter y de otros maestros.

Se adquirieron después cuadros que fueron de la Reina Hortensia, de Godoy y del Rey de los Países Bajos, entre los de éste último varios de Velázquez, y por último hasta el museo Galitsine de Moscú pasó á San Petersburgo mediante la suma de ochocientos mil rublos.

Entre siete cuadros que se compraron en 1836 á la galería Coesvelt y por los cuales sólo se pagaron nueve mil cuatrocientas libras esterlinas se encontró la Madonna de Alba de Rafael. Este solo cuadro vale diez veces más de lo que los siete costaron.

Pero entre todas las pinturas que ví ninguna me produjo más honda impresión que una Magdalena del Tiziano.

El más profundo desconsuelo, la angustia más infinita, la desesperación más amarga que un corazón humano pueda experimentar ante el derrumbamiento de sus ilusiones, ante la completa pérdida de sus esperanzas, están pintados en aquel hermosísimo rostro que se vuelve al cielo buscando en él, al través de sus lágrimas, lo que ya no podrá encontrar jamás sobre la tierra.

Hay en el semblante de la arrepentida tal naturalidad, tal vida; son tan materiales las lágrimas en que sus pupilas nadan y en que sus mejillas se mojan, que no se sabe cómo no acaba de abrirse aquella entrecerrada boca para prorrumper en el lamento que se adivina próximo á estallar.

No sé cuánto tiempo permanecí absorto frente á aquella pintura, y cuando con un suspiro me arranqué del sitio en que la admiración del alma había clavado mi cuerpo, no quise ver más cuadros y salí de l'Ermitage prometiéndome á mí mismo volver á San Petersburgo solo para poder contemplar de nuevo el rostro divino de la inmortal pecadora.

Al salir y por la estrecha callejuela que separa el Palacio de Invierno de l'Ermitage, sólo á medias puedo decirse, puesto que la galería está unida al palacio por un puente cerrado como si fuera un pasadizo, nos dirigimos á la orilla del Neva para tomar uno de los vaporcitos que hacen la travesía á lo largo del río,

Eran más de las cuatro de la tarde y el tiempo estaba hermoso aunque muy frío. Un sol espléndido bañaba la ciudad arrancando vívidos destellos de las mil cúpulas doradas de los templos. La animación á lo largo de los muelles y sobre los puentes era grande y en el río los pequeños barcos de vapor y las enormes barcazas cargadas con madera, yendo, viniendo y entrecruzándose hacían que se sintiera junto con un aumento extraño de vigor un alegre deseo de vivir, pero de vivir mucho.

Yo no sé si eran los fuetazos del viento frío ó si eran las emanaciones salinas del golfo cercano lo que tan alegremente hacía circular la sangre; pero lo cierto era que todos los rostros parecían sonrientes y que en todas las miradas había luz.

Penetramos al vaporcillo y río abajo, favorecidos por la rápida corriente, empezamos á navegar.

Es soberbio el espectáculo de que se goza.

En la margen izquierda se elevan suntuosos edificios, en la derecha talleres y escuelas; desde una de estas últimas se disparó hace dos años poco más ó menos un tiro de cañón contra el Tzar Nicolás, y á la una y á la otra orilla se ven atracados siempre centenares de navíos desde los más pequeños hasta buques de alto bordo.

El repetido golpear de martillos sobre hierro llamó mi atención, y cuando fijé la mirada en los sitios de donde salía aquel continuado ruido, no pude menos de volver los ojos rápidamente hacia el interior de nuestro barco, para leer en los semblantes de los

rusos que con nosotros iban el efecto que les producía lo que estábamos viendo.

Ni un músculo se contrajo en aquellos rostros, y sin embargo el ruido era producido por martillos que golpeaban sobre planchas de buques que habían sido tocados por balas japonesas.

Allí se estaban reparando los averiados cañoneros que lograron volver á las playas de su patria sin haber podido salvar muchos de ellos, después de la derrota ni siquiera aquello que fué lo único que le quedó á Francisco I después de la batalla de Pavía.

¡Ay! pronto quedarán reparados los desperfectos que los proyectiles nipones causaron en las corazas de los barcos, pronto volverán á romper las olas aquellas flotantes fortalezas en las que todo un pueblo había puesto su esperanza y en las que todo el mundo tenía puestos los ojos; tal vez llegará el día en que aquellas bocas de fuego que tan pronto enmudecieron ante el "naciente sol" de un estandarte, se abrirán de nuevo para estremecer los aires con el trueno de su voz; pero ¿la herida profunda abierta en el orgullo del gobierno autocrático podrá curarse alguna vez? ¿La desgarradura que el pabellón del águila bicéfala sufrió cuando fué arriado en Puerto Arturo podrá disimularse algún día?

Sí, cuando en Rusia el «padre» de ese pueblo deje de ser su «padre» y se convierta en su hermano.

Y hundido en esas reflexiones estaba cuando de las entrañas del sucio vaporcito en el que navegába-

mos ví surgir dos seres humanos más parecidos á demonios que á hombres.

Con el rostro, las manos y el haraposo traje tiznados por el carbón, con el greñudo y apelmazado cabello cubierto con una grasienta gorra, con los pies hundidos en enormes botas torcidas en la punta y semi destaconadas, se presentaron á nuestra vista indiferentes á todo y sin reparar en nadie.

Desenvolvió uno de ellos de un papel lleno de grasa un trozo enorme de pan negro y los dos á la vez, silenciosos, con los ojos fijos en el suelo, atentos sólo á calmar el hambre que los atormentaba, empezaron á arrancar pedazos de aquel pan y á engullirlos ávidamente.

¡Ni una piltrafa de carne, ni una espina de pescado, ni una escudilla de caldo, nada, pan seco y nada más!

Terminado el banquete, los vimos inclinarse y del agujero por donde habían salido sacaron dos vasos y una cacerola con un líquido turbio y humeante.

Cada uno llenó su vaso y lo apuró á pequeños tragos no sin haber extraído antes del asqueroso bolsillo de su blusa, un terrón de azúcar negruzco que entre sorbo y sorbo mordían alternativamente. Estaban tomando su thé.

Después, hombres, cacerolas y vasos desaparecieron por la sombría abertura.

¡Otra vez al rudo trabajo, otra vez á la obscuridad, otra vez á la embrutecedora noche de aquella tumba flotante!

Ya habían disfrutado de su cuarto de hora de luz

y de aire, de su pedazo de pan negro y de su vaso de thé hecho con agua del Neva. ¿Qué más querían?

En la noche, al retirarse tendrían sus quince ó veinte kopecs por doce horas de trabajo. ¿Podían ambicionar más?

¡Oh, Dios mío! todavía brillaba el sol arrancando destellos de las doradas cúpulas, todavía llegaban hasta nosotros bocanadas de aire salino, de aire puro de mar, invitándonos á respirarlas á plenos pulmones, todavía la muchedumbre bullía á lo largo de los muelles bajo los suaves matices del crepúsculo que se desleían en ráfagas anaranjadas y violetas, pero yo no sentía ya aquel intenso y alegre deseo de vivir; una piedad infinita, una inmensa lástima se apoderaban de mi espíritu lentamente como iban las sombras apoderándose del horizonte y algo del aplanamiento moral de toda una clase desvalida pesó con pesadumbre horrible sobre mi ánimo.

Me pareció que cada uno de los sacudimientos que la máquina imprimía al barco, era el resultado de un esfuerzo muscular de aquellos infelices que había visto alimentarse con pan y thé y se me figuró que de improviso las tablas se desunían, que por las junturas se escapaba un vaho espeso, mal oliente, con la fetidez del aliento de los que mueren de inanición; me imaginé que aquel vaho se condensaba y subía extendiéndose como una bruma por toda la ciudad; que envolvía los palacios, que envolvía las cúpulas, que se arrastraba sobre el río envolviendo á su vez las barcasas, los barcos mercantes y los navíos de gue-

rra; que sólo podían perforarlo las luces que de las abiertas ventanas de los talleres se escapaban, y que nosotros, ciegos, rodeados por aquella espesa nube, medio asfixiados, oprimido el pecho por una horrible angustia y un malestar profundo, nos dirigiamos hacia esas luces, único faro que nos guiaba en tan supremos instantes, para poner pronto el pie en tierra firme porque sin remedio nos hundiamos.

—Señor, ya hemos llegado, ¿es que quiere usted seguir adelante?—me dijo Leman al observar que yo no me movía, á pesar de que el barco había atracado á su muelle flotante.

—No, no, vamos, vámonos pronto.

—Tiene usted frio?

—Mucho.

—¿Dónde iremos á cenar ahora?

—Ustedes cenén donde quieran, yo me voy al hotel, yo ya he cenado.

—¿Pero qué es lo que ha cenado usted?—me preguntó Leman asombrado.

—¡Pan y thé!

CAPITULO VII.



La casa de Stolypine.

Quando en un país no se sube de las últimas clases sociales á las más elevadas por una serie de escalones que conduzcan á la cima de una manera suave é insensible, sino que se sube á saltos; cuando el río de la riqueza pública no se divide en muchos ramales sino sólo en dos grandes brazos de los cuales, uno aprovecha al gobierno y á los que de él están cerca, y el otro al clero, que por regla general no devuelve jamás